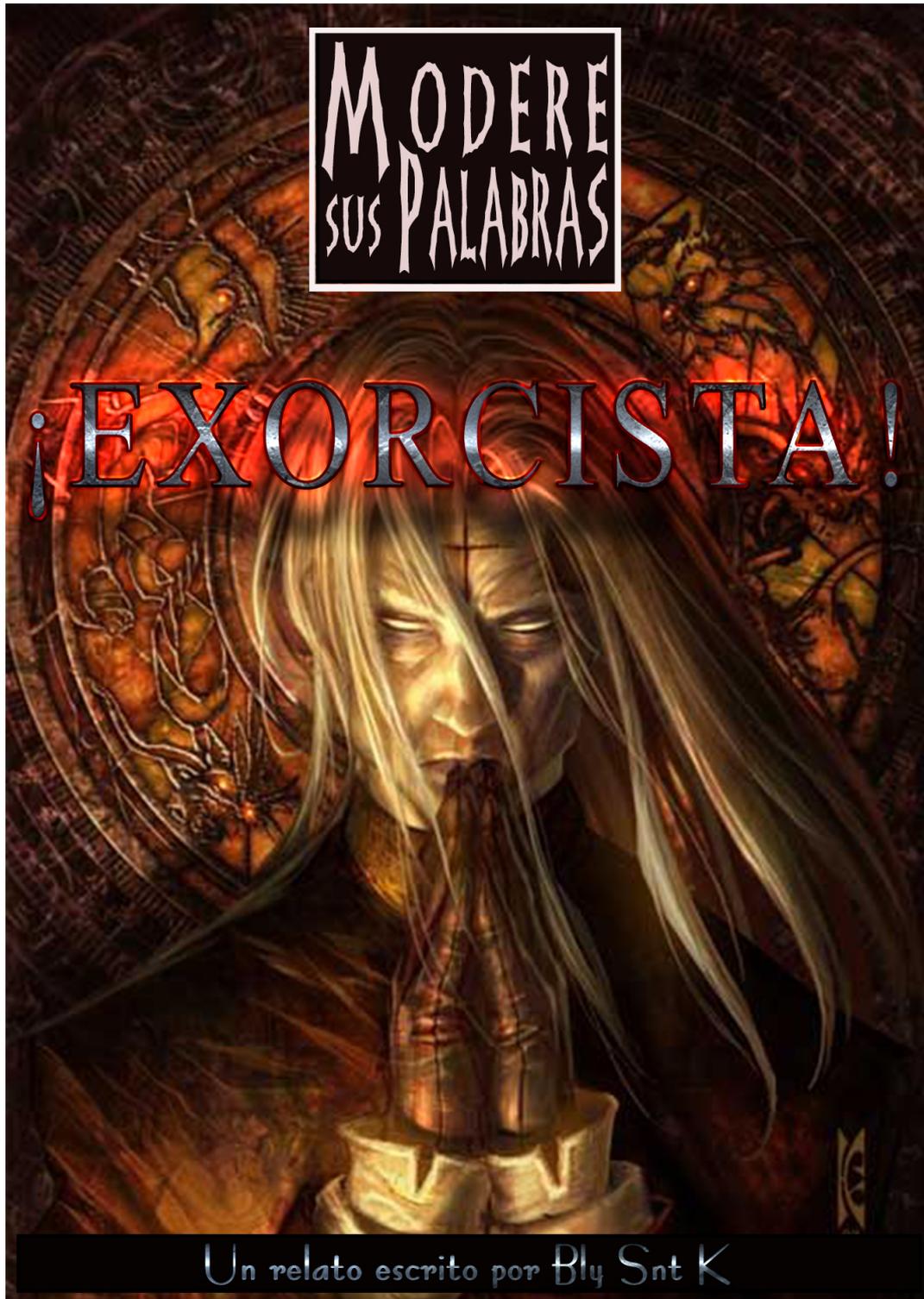


Modere sus Palabras, iexorcista!

Kan Zerbervm



Un relato escrito por Bly Snt K

Capítulo 1

NOTA de EDICIÓN: texto original por Bly Snt K

Era un receptáculo de piedras el que se afanó dando forma a una circunferencia irregular, rebosante de líquido rojizo maloliente. Después de varias horas ya no daba la vida, se había coagulado: la quitaba.

Estaba en cada una de estas piezas de duro mineral tallado un símbolo que no se sabía a ciencia cierta qué significado poseía, habiendo sido manufacturadas por unos dedos sabios, carentes de uñas. Tras acabar con su labor su orgullo no pudo ser menor al contemplar cómo aquella estrella de cinco puntas calamitosas apuntaba a donde debían. Este chamán tenía una misión que cumplir. De sus palabras saldría la orden mandada hacia los otros círculos; aquellos gobernados por miles de ejércitos deshumanizados, bestias inmundas con altas cornamentas.

En una época convulsa...

Aquel que levantaba su espada al viento era Dragkar «Demoníaco», un vigoroso guerrero que, por sus maneras de actuar, el terror comandaba sobre él. Su apodo se debía, en parte, a que tenía en su haber más de 20 cabezas colgantes en su cintura, podridas y sangrantes por sus arterias carótidas y las vertebrales, seccionadas ambas —y en un goteo continuado—, de aquellos a los que había cortado el pescuezo de un tajo, blandiendo su hoja con sádicas y hermosas palabras: «A todos aquellos, mis fieles enemigos, que me deseáis ver bajo tierra, entre larvas hambrientas de carne fresca y gusanos larguiruchos que mis labios rozarán. Mi alma jamás perecerá, lo juro». Tenía por costumbre mostrarlas en público a su batallón para que supieran, y no se les olvidara, que, quien lo rivalizara, acabaría de igual modo.

Era temido, pero también envidiado... y hasta odiado. Su padre le puso por nombre Edakoris D'mniako para proseguir con una demacrada tradición familiar; él renegó de ella. Era dado a su mujer, no obstante, también se dejaba seducir por esa flagrante amante que supiese ver en él al fornido cabrío gran concedor de lo que esta flor negra tuviera para bien ofrecerle. Estuviesen casadas, solteras o viudas, no importaba, bastaba con una demostración de cierto afecto a él. Aunque no era solo por su parte, Assudem, también gozaba de mucha libertad y sus amantes se contaban por decenas.

No cabía juicio en que era un matrimonio inusual. Sus actos no eran tampoco aceptados por su pueblo, los mallekianos, ni por sus dioses, quienes ya se la tenían jurada a Dragkar. Era este último quien los ignoraba de una forma descarada. Llegados hasta aquí había un serio problema para Dragkar; su esposa era estéril y no le había podido engendrar un heredero que llevara su honor hasta lo más alto de la jerarquía mallekiana. Tal suplicio, como gran y temido hombre sanguinario que era, había sido un duro revés para llevar a sus combates; se le veía desmoralizado y descorazonado. Lo cual, para sus rivales, era una vulnerabilidad deliciosa de descubrir.

Tras meses de fornicación con cual falo estuviese a la altura, y sin ser encintada, Dragkar tomó la necesaria y tortuosa decisión de encomendarse a los dioses por medio de su chamán, aquel a quien nadie quería recurrir y por el que este valeroso luchador no daba ni cuatro piezas de oro: Acfelus «Ojo negro».

Este misterioso mago de origen incierto tenía un tipo de acuerdo abierto con uno de los dioses de su pueblo —diosa, para ser exactos—, Ottamantis, una entidad con un temperamento salvaje e implacable. A ella imploraba, por norma general, para la obtención de buenas cosechas, su piedad y una serie de advenimientos a evitar. Esta última petición no solía ser admitida y lo castigaba con un diluvio anual que solía matar a la mitad de la población de Mallek.

Lo que resultaba gracioso era que esta deidad no cesaba en observar a los mallekianos. Su forma de vida; sus vicios y pocas virtudes y, en un largo etcétera, todo aquello que no veía correcto para su dictadura espiritual, siempre estaba en tela de innumerables juicios. En muchos de ellos acostumbraba a dar cierto beneplácito, honrando a aquellas personas que lo mereciesen de verdad. Esto no pasó con las hijas del líder mallekiano, Cornécalus «El Batallante»: virtuosas en su adulterio y falsas esposas. Cuando supo que la desvergüenza de ese pueblo —en un principio controlado— se había desbocado, tuvo que hacer lo propio lanzándoles una saga de lamentables sucesos, entre los que podíamos encontrar uno de los más importantes; ninguna mujer del poblado y aliados podría, de por vida, engendrar más retoños, no bajo su existencia. ¿Esto significaba que, si dejaban de rezarla, era posible que aquellos malos augurios desapareciesen? En efecto. Lo cual no gustó entre el populacho. Era descabellado no encumbrarla: era inmoral.

Comenzaron pues las desdichas. Decenas de mujeres agonizaron en sus lechos, sin poder ser visitadas por miedo al contagio, moribundas en sus delirios y muertas tras horas de intensas fiebres. Assudem, por supuesto, sufrió también las consecuencias que se adueñaron del pueblo de Mallek y alrededores. Hemorragias repentinas e inexplicables, vómitos en medio de la noche y un sinfín de visiones en las que creía ser consciente de ser visitada durante algunas de esas madrugadas por un ser negro, muy alto

y corpulento. Aquel que la veía aprovechaba dolorida para tentarla con una muerte rápida, sin suplicas. Pero, antes de ello, quiso jugar con ella advirtiéndola de algo: «tu valiente esposo caerá en plena guerra, y no por culpa de los que lo quieren aniquilar, sino, por Acfelus; está planeando una traición debido a que suspira por tu corazón».

Assudem tuvo que preguntarle, como pudo, debido a su falta de fuerzas en su ser:

—No os creo, seáis quien seáis —tosía al decirlo.

—¡Necia mujer!, ¿insinúas que miento?

—Sólo os digo que no os creo —reiteró convencida—, ¿cómo sabéis eso?

—Porque él vino a mí, ese hechicero de mil demonios no sabe con quién está tratando y sólo desea tu compañía, tu amor; tu coño, para ser más claros —aseguró aquel ser.

—Tú debes ser un demonio, ¿cómo, si no, sabrías eso?

—¡Escúchame, mujer ridícula! —Estalló en un poderoso grito —No me costaría nada llevarte conmigo a mis dominios, muchos estarían encantados de que allí estuvieras. Pero no les daré ese gusto, no por ahora. Quiero que Dragkar venga a mí. Perdonaré tu insulsa vida en el caso de que él me dé la suya: ese es el trato —expresó reclamando el alma de su esposo a Assudem.

—De acuerdo, ¿y cómo diantre te crees capaz de hacer que él venga?

—Preguntó curiosa, no le importaba hacer ese pacto si allá donde la llevaba podía ser fornicada por miles de cerdos sedientos de ella.

Este ser se sorprendió de sus palabras. Rebajó su fiebre hasta dejarla lúcida de cordura y se lo volvió a preguntar por si no pensaba con claridad. Entendió que podría ser una aceptación producto del delirio. Probó de nuevo:

—¿Sigues queriendo aceptar?

—Amo a mi esposo, pero también deseo ser follada, y él no está, anda lejos de mí. Necesito ser amada: sí, por favor, acepto.

Aquel ser no tuvo más remedio que hacer por complacerla, pero no como ella se esperaba, ardiente y lujuriosa. La escarmentó después de todo.

—No venía a por ti, pero visto la clase de esposa que tiene Dragkar,

prefiero utilizarte y matarte antes que él salga damnificado.

—¿Y cómo lo piensas hacer, demonio?

—Acfelus vendrá a por ti, a salvarte: él le avisará.

—No entiendo qué pretendes, ¿salvarme?, ¿de qué? —Empezó Assudem a hacer demasiadas preguntas, denotaba cómo estaban sus nervios, a flor de piel.

—Voy a poseerte. Y tú, zorra, me vas a dejar entrar... —declaró a medida que se abalanzó sobre ella, dado que lo había aceptado, sólo tenía que adueñarse de su cuerpo.

La levantó, le arrancó la piel, sangró por todos los rincones de su delicado cuerpo, la dobló hasta romperle todos los huesos que armaban su esqueleto e hizo de ella su marioneta hasta su final: su muerte descarnada. Los gritos cesaron en ese preciso instante, cuando Acfelus llegó y accedió a ese caserío, se la encontró levitando a escasos metros de su cama.

—¡Diosa santa!, ¿qué está pasando aquí? —Preguntó sin saber cómo actuar, boquiabierto según lo que iba viendo.

—Lo que pasa es lo que ves, ¡hechicero charlatán! —Exclamó en alto aquella entidad —Me he adueñado de esta insensata que no se creía que nada de esto iba a pasar.

—¡Bien, demonio!, ya has manifestado tu poder. Ahora, ¡te ordeno que la sueltes!

—Me parece que no has entendido nada, hechicero... ¡ella es mía!, ¡y mía seguirá siendo! Dragkar viene hacia aquí y quiero su alma, no la de esta ramera.

—¿Cómo? —Preguntó Acfelus sorprendido por el comentario—, ¿que viene? Dragkar está en una lucha sin cuartel y ahí debe permanecer.

—No, mi fiel y tonto invocador; tú has hecho posible que yo esté aquí y es muy fácil engañar a un hombre tan devoto de su esposa —declaró el demonio—. El viene hacia aquí y va a ver cómo tus manos asesinan a esta pobre infeliz.

—¡Eres un maldito manipulador!

—Modere sus palabras, ¡exorcista! Sabes bien que has luchado por el amor de esta mujer y querías traicionar a Dragkar: ¡ahora es tu

oportunidad!

—¡Ya basta, demonio! —Gritó Acfelus, tapándose los oídos.

Cuando una voz, justo tras Acfelus, comentó:

—¿Es eso cierto, Acfelus?, ¿querías traicionarme por el amor de mi esposa? —Era Dragkar, había regresado de verdad.

Su aspecto era amenazante y su color de piel roja estaba como el acero al tinte; miraba a Acfelus con ira, con celos, deseaba matarlo, y por eso desenvainó su espada.

—Si es eso cierto, házmelo saber. ¿Me has entendido? —Lo apuntaba Dragkar con la punta de su filo —O te decapito aquí mismo.

—¿Quieres que me deshaga de él, Acfelus? —Le preguntó aquel demonio.

Este chamán charlatán y enamorado en secreto, hastiado por el miedo, no quería caer en la trampa, pero sí quería dejar el asunto de Assudem y él bien enterrado, para siempre. Una forma de intentarlo era confesárselo a Dragkar, un buen amigo de toda la vida, y esperar a que él tuviese piedad.

Sin embargo, el demonio tenía otras intenciones: obligó a Acfelus a hablar.

—Vamos, Demoniaco, sólo quería satisfacer mis deseos de carne con la puta que yace sobre tu lecho en noches de tregua. ¿No me dirás que no es una mujer apetitosa? —Pero, al decir esto, el demonio dejó de controlarlo, era más que suficiente para enfadar a un guerrero como Dragkar al que despojar de su '*honoris causa*' inmerecido—. ¡No, Dragkar!, iyo no he dicho eso!, ino te dejes engañar, fiel amigo!

—¿Dragkar?, ¿vas a dejar que te hable así este traidor?

¡ZAS! Fue lo único que hizo callar unos segundos al ser que lo hablaba.

El frío sable de Dragkar hizo volar la cabeza de Acfelus cerca de donde se encontraba el cuerpo suspendido de Assudem, presa de este maléfico demonio que la retenía, aunque fuese sin vida.

Unas palmadas sonaron en el silencio del momento. La mirada borrosa de Dragkar cobró visibilidad después de los celos y la furia, y vio lo que nunca hubiera deseado ver; a su mejor amigo sin cabeza en el suelo y repleto de sangre, la cual también estaba pisando. Assudem era quien

aplaudía.

—¡Bravo! Bien, bien, bien... —dijo entre la burla y el respeto —¡Ya iba siendo hora de que hicieras algo decente, querido esposo! —Y una gran risotada aún lo enfureció más a Dragkar si cabía.

—Ahora... ¡tú eres el siguiente! —Volvió a blandir la espalda señalándole.

—¿Te atreverás a matar a tu preciosa mujer?

—No eres más que un estafador, un perro del infierno: y vas a regresar allí.

—¡Atrévete, guerrero!, ¡hazme participe de lo valeroso y cruel asesino que eres! —Siguió jugando con Dragkar hasta el culmen de su rabia.

Había perdido a dos de los seres más queridos por culpa de ese ser que tenía delante y necesitó valorar sus opciones antes de volver a perderse en su amargura.

—No quiero, no voy a ir a por ti —dijo Dragkar, decidido.

—Una lástima, ¡porque yo sí!

Y así lo hizo, salió como un obús del cuerpo de Assudem, ya cadáver, y penetró en el cuerpo del combatiente e indigno luchador de Mallek probando fortuna en hacer que su alma, malvada y corrompida, se dejara domar por él.

Gritos, la garganta resquebrajándose, muchos más gritos agónicos, su alma estaba consumiéndose, tramitando su viaje sólo de ida al círculo de donde vino este demonio. Reventó sus órganos vitales; pulmones, riñones, hígado... Obligó a mutilarse de cabeza a pies a Dragkar, poniendo sus cuencas en blanco e iris en anaranjado color, surgiendo profundos y peligrosos cortes en su carne... hasta que: sucedió.

Dos grandes tajos perfectos. Un harakiri que lo abrió en canal, esparciendo sus intestinos por el suelo, algo de alimento descompuesto y un hedor terrible, y su debida decapitación. Dragkar murió, debiendo ser llevado al purgatorio por sus crímenes. Sin embargo, el demonio, mandado por Ottamantis, consiguió llevarse a Assudem a su lecho: su plan desde el principio pactado con la diosa.

¡Salve Ottamantis!